

Corderos

Le quería joder la vida. Y lo hice. ¿De qué manera? Lo que es sabido en el ámbito de mi empresa. Lo pasé a corderos. Y conmigo ya se sabe. Cuando un inútil es pasado a corderos, queda con un pie en el estribo, a poco y nada de recibir el puntapié final que lo haga engrosar la estadística de desocupados. Corderos es el destino castigo. Porque los corderos son lo que menos trabajamos en mi próspero frigorífico. Mucho más sale la carne de vaca, por supuesto, y en un segundo plano la de pollo y la de cerdo. A corderos ni sé para qué la tenemos; pero bueno, la división no es deficitaria, algún margen de ganancia deja, y encima sirve para fondear a los inútiles, como este Imbécil que acabo de fondear. ¿Qué tiene de particular esta división? Nada, simplemente que está mal catalogada, tanto por mí como por los empleados que no prestan servicios allí. Fuera de eso, el trabajo es el mismo. Pero eso sí, el que es transferido a esta división, repito hasta el cansancio, queda fondeado, sin posibilidad de pasar a otra división ni de obtener un ascenso. Son muchos los empleados haraganes o malintencionados que destiné a esta división, y casi todos ellos ya no trabajan más para mí. En estos momentos, tengo fondeada en corderos a la encargada de pagos, porque la muy maldita osó negarse a dejarme hacer una “pequeña excursión” entre sus piernas. Ya fondeé a V, aunque admito que en este caso sin un motivo específico. Lo hice porque se me cantó, y punto. Y ahora fondeé a este Imbécil. Nunca tuve un motivo específico con él tampoco, hasta que por fin al motivo lo encontré. No era vago para trabajar. Todo lo contrario, era bastante laborioso; es más, era el empleado más laborioso que yo haya visto nunca. Pero se mandó una macana... Confieso que anhelaba el momento, hasta que la oportunidad llegó. Confundió dos partidas de entrega. La que se tenía que ir con un camión se fue con otro, y viceversa. No lo dudé. Una vez subsanado el error, le comuniqué la decisión

del pase al destino castigo con una ironía: “¡Maaarche presooo!” Era imbécil, como las palomas. Era callado, como un perro. Era tímido, como un gusano. Era cobarde, como un cordero. Y allí lo mandé. Consideré la idea de despedirlo sin más ni más por su error, pero pensé que eso, no obstante su burrada, me podría costar un oneroso juicio por despido (por ejemplo, los remitos de los camiones en principio no tenían su firma, aunque fue él el encargado de los dos despachos), y finalmente me incliné solamente por mandar al Idiota al destino castigo. Según comentarios laterales, la encargada de pagos averiguó en el sindicato si su pase no implicaba una suerte de acoso laboral. Eso sin haberse privado de un insulto para mí (al cual asenté en un acta y sumaré como fundamento cuando llegue la hora del puntapié final). De todos modos, los del sindicato le respondieron que el hecho de que su pase fuera el umbral previo al despido (según mí con causa) o a una renuncia forzada era una política interna de esa empresa específica, que en nada alteraba las condiciones del convenio colectivo. Para ellos era un cambio de división, y nada más. Según otros comentarios laterales, V anduvo tirando anzuelos para engancharse en otro frigorífico de la zona, que es bastante frigorífica por cierto. V también esbozó en el momento del pase una tenue protesta. “¿Por qué me hace esto, patrón?”, me tiró como manotazo de ahogado. Yo ni le contesté. Ya se sabe que cuando yo doy una directiva, se cumple sin chistar. Pero, como era de esperarse, el Inútil ni protestó. No dijo nada, ni *a*. Se limitó a cumplir la orden, y punto. Él sabía más que nadie que de mi empresa estaba más afuera que adentro. Aunque parecía que no le importaba... Siguió haciendo su trabajo, con la misma imbecilidad de siempre. Y para colmo de bienes en todo mi juego perverso con el personal, había un detalle morboso que coronaba todo mi sadismo como una frutilla del postre. Todo el personal es muchachada del barrio, gente sencilla, trabajadora. Pero V y el Imbécil se conocían de sobra. La que es la segunda esposa de V, una linda flaquita de tez blanca como la leche

(igual que él) y pelo muy teñido de rubio que yo vi un par de veces, es una muchacha del barrio que se la sopló al Infeliz. En realidad, no es que se la sopló, sino que la teñidita le dijo que no al Inútil para decirle que sí a V. Este Estúpido hasta en eso era idiota. Y dicen por el barrio que el Inútil quedó anímicamente destrozado. Dicen que por eso quedó así de callado, así de retraído, así de cobarde. Así de inservible. Después de ser rechazado de esa manera, nunca más se le conoció otra pareja, ni nada de nada. Y las gastadas que caían sobre su persona en toda la barriada por esta razón (los chimentos corrieron como reguero de pólvora) eran colosales. Poco después, el Inservible se fue del barrio, por motivos obvios. Venía todos los días a trabajar, pero no se sabía dónde vivía. En la lista que llevo en la que todos los empleados están obligados a completar sus datos personales y puntos de contacto, el Inútil puso como dirección una pensión sita en el otro extremo de la ciudad. Pero ya se sabe que a ese tipo de lugares de residencia se los puede cambiar con la misma frecuencia con que uno se cambia la ropa interior. Sabíamos todos que el Inútil ya había perdido al padre, a la madre, y que no tenía parientes de ninguna índole. Estaba solo como un hongo. Pero no sabíamos exactamente dónde vivía. Y por esos momentos le tocaba compartir su cotidiana labor con el tipo que le sopló a la chica de la que estaba enamorado. Denigrante. Así solía ser mi disciplina laboral. Y con esta situación mi morbo aumentaba. Deseaba enormemente que surgiera un corto circuito entre ellos, que los llevara primero a los insultos, luego a las manos y por último a lo peor de lo peor en este ámbito de trabajo: a los cuchillos. El tema de los cuchillos es delicadísimo. Hasta ahora nada me pasó en ese sentido, y toco madera para que nunca pase. Pero en toda la fantasmagoría frigorífica se narran las peores historias de empleados que hacen cositas que no deben con el material cortante. Historias escalofriantes. Desde simples riñas por una sobremesa de naipes, pasando por acciones de grotescos y chabacanos que cortan a sus víctimas con las sierras eléctricas destinadas

a las medias reses, hasta macabros homicidios cometidos por tipos que se creen *supra* humanos por el solo hecho de ser amigos de los filosos. Afortunadamente, no tengo ninguna experiencia personal de mis empleados. Aunque pensándolo mejor, no me vendría nada mal que entre estos dos fondeados se disputen a ver cuál de los dos sacó el mejor filo. Así me sacaría de encima a los dos. Ambos se morirían, o se moriría uno y el otro iría preso. Lamentablemente, nunca pasaba nada de nada. Ni se hablaban entre ellos. Eso era lógico de parte del Inútil. Y en cierto modo era lógico de parte de V, que trataba al Inútil casi como a un conscripto (de la división corderos, ostentaban los pomposos puestos de encargado y furriel, respectivamente). La fama de destino castigo que tenía corderos seguía bien alta en su prestigio. Al poco tiempo, renunció la encargada de pagos. Estaba harta de las bromas de sus compañeras del personal femenino, y dijo basta. “Fuera de mi empresa, maldita, que ni me dejaste comprobar si entre tus piernas existe lo que suele tener una mujer”, me dije para mis adentros al saber la noticia. En nada lamenté la renuncia, y rápidamente tomé a otra empleada administrativa con cierta especialización en el tema. Por esos días, la nuevita lo último que podía hacer era constituirse en una honrosa excepción al adagio de que escoba nueva siempre barre bien. Y hasta estimaba yo que en algún momento me la podría llevar a la cama, cosa que no pude hacer con la que renunció. A la que sí me pude llevar a la cama fue a otra apuntada, a quien amenacé, si se negaba, a fondearla en corderos como a la otra. Estaba tan muerta de miedo que en la cama la destrocé, y pude demostrarle que los que andamos en el negocio de las carnes somos tipos bien machos. Porque en la cama soy así: el que tiene que disfrutar soy yo; la otra... la otra tiene que sufrir. Como esta apuntada a quedar fondeada en corderos aceptó mi acoso, opté por no fondearla, porque los tipos bien machos algunos códigos tenemos, y francamente a corderos no envié a nadie. La división movía tan poco que ni hizo falta reemplazar a la

que renunció. De las cuestiones administrativas de la división pasé a ocuparme directamente yo. Además, a V y al Inútil los quería dejar solos, convencido de que así sí que se iban a ir a los cuchillos. Tal vez no se habían ido a los cuchillos hasta esos momentos porque estaba la estúpida que renunció de por medio. Ahora que estaban solos, habría que ver. Pero transcurría el tiempo, y los dos fondeados con sus cuchillos no hacían más que destinarlos a su propósito de trabajo. Y jamás el más mínimo tono de voz elevado entre ellos. V lo basureaba; el Inútil... el Inútil se comía los mocos. Siempre callado como un perro. En otra ocasión, lo agarré solo y le sobé el lomo. “¿Estás contento que te puse al lado de tu ‘íntimo amigo’, miserable?”, lo cargoseé, palmeándole la espalda. Y él, nada. Solo se expresaba a través de sus ojos. Sus ojos tenían un vivo resplandor, y fue con ellos que pareció que me quería fusilar. Pero ya se sabe: los ojos no hablan, y él no habló tampoco. Seguía mi negocio andando bien. Algún lío con los cobros (habitual), algún lío con inspectores municipales (también habitual), algún lío con el personal (mucho más habitual), pero nada que fuera inesperado en el diario trajinar del duro negocio de la carne. Sin embargo, los miembros del personal con quienes menos problema tenía eran los fondeados. Me preguntaba hasta cuándo ambos (sobre todo el Inútil) iban a seguir tolerando que los bastardearan de esa manera, tanto yo como los empleados de las otras divisiones. Haría todo lo que estuviera en mí para que corderos no perdiera su prestigio interno bien ganado de destino castigo. Si no terminaban matándose entre ellos, los forzaría a que renunciaran. A uno porque sí; al otro por inútil. Finalmente, apareció la oportunidad. Un día como cualquier otro, un jueves, V no vino a trabajar. No “aportó”, como solemos decir en la jerga. Eso en el fondo no tenía nada de raro. Las rabonas de los empleados, aduciendo enfermedad u otro tipo de problema personal, eran constantes. Y no hubo manera de contactarlo, según el jefe de personal. Al hacer una recorrida habitual por todas las

divisiones, cuando llegué a corderos lo agarré al Inservible y le pregunté si sabía algo de V. Y él, nada. Se quedó callado, mudo, inmóvil. Solamente sus ojos, esos ojos que desprendían fuego, parecían vivos. Daba la sensación de que me quería asesinar con ellos; pero bueno, eran solamente los ojos. Ya estaba a punto de tomarlo por las solapas e insultarlo ante la irreverencia de no contestar, cuando finalmente habló. “Tará enfermo, supongo”, dijo, y se encogió de hombros. Me quedé impertérrito en mi rol de empleador rudo. “Las entregas de hoy tienen que salir sin falta, así que no te podés ir hasta que termines. Si tu compañerito no viene, mía no es la culpa”, fue todo lo que a mi juicio la situación ameritó decir. Controlado por el jefe de personal porque yo me fui mucho antes, el Inútil se quedó hasta muy tarde, recargado de trabajo. La partida de carne de cordero que tenía que salir era normal. Pero como el Imbécil estaba solo, y por su calidad de fondeado no le íbamos a mandar un muchacho de otra división para que lo ayude, según el jefe de personal se las vio un poco negras. Aunque de todos modos cumplió con los pedidos. Concluyó todas las entregas y se fue. Hasta sacó las bolsas de basura por su cuenta, cosa que nunca antes había hecho. “Es que ya se borraron los de maestranza, y si no limpio, el reventado del patrón me amasija”, le comentó al jefe de personal cuando este le hizo un comentario como que era raro verlo en esa labor específica. La bronca que me agarró por el apelativo de reventado hacia mi prominente persona quedará para otro relato. En particular, en esa jornada había una partida grande de cordero para una linda comilona en una sociedad de fomento del barrio, cuyas autoridades siempre me compraban la carne a mí. El resto iría a otras carnicerías de la zona. Al día siguiente, viernes, V otra vez no aportó. Y de nuevo no hubo forma de localizarlo por ningún medio. Esta vez fui directamente a verlo al Inútil para preguntarle si sabía algo. Por primera vez le escuché una respuesta desafiante, propia de alguien que no tenía que cuidar el trabajo, porque sabía que pronto no lo tendría más. “El empleado

es suyo, no mío. Si usted no sabe controlar a su personal, jódase.” Me limité a decir, con una voz amenazante que correspondía a la suya, que si V no “aportaba” el lunes, automáticamente levantaría un acta y lo dejaría despedido por abandono de trabajo. Eso no pareció inquietar al Imbécil; al fin y al cabo ellos eran enemigos. Lo de V me parecía raro, pero igual decidí esperar al lunes para ver si venía. Si volvía a faltar, lo dejaría cesante ahí mismo, lo cual era lo que yo al fin y al cabo deseaba. En fin, creí que ya no tendría más asuntos de los cuales ocuparme en corderos por ese día, vale decir por esa semana porque era viernes, pero eso para nada fue así. Todavía temprano en la mañana, me llamó el presidente de la sociedad de fomento al que le habíamos mandado el pedido grande de carne del día anterior. Me felicitó por la carne que le mandé, pero me hizo un comentario inesperado. Me dijo que el cordero tenía un gusto extraño, que parecía otro corte, aunque igual estaba exquisito. “Decime, el Imbécil que fondeaste en corderos no habrá sido tan tarado de confundir los tipos de carne, ¿no?”, me inquirió con bastante exactitud. Por la cantidad de veces que este presidente venía a mi oficina a tomar mate, conocía mi frigorífico como yo. Por eso estaba al tanto hasta de detalles mínimos, como el saber que a un enésimo empleado lo pasé a una división de menor importancia. Le dije a este amigo y cliente que el nivel de estupidez de este Imbécil fondeado era considerable, pero que no podía llegar a tanto. Es cierto que me puse del lado del Inútil y lo defendí, pero no era menos cierto que el planteo de mi cliente era medio estrambótico y debería obedecer a algún tipo de equivocación. Consideré que el diálogo con el presidente era un asunto concluido. Más tarde, pero aun de mañana, me tocó salir al banco. Y allí vino otra inesperada sorpresa. Me paró en la vereda una vecina de la otra cuadra, a quien yo conocía de simple vista. “El corderito que comimos anoche en casa tenía gusto a otra carne, pero igual estaba para chuparse los dedos. Le pregunté al carnicero esta mañana de dónde venía, y me dijo que era de usted. Lo felicito”, me

elogió. Seguía sin entender nada. Entonces al Idiota se le mezcló uno o varios tipos de corte sin darse cuenta. Desistí de ir al banco y me volví a mi oficina. Primero hice una averiguación con los muchachos de otras divisiones, con quienes tenía un trato más cordial y un mejor concepto como empleados. Les pregunté si acaso era posible que al Inútil se le hayan mezclado cortes de vaca u otro tipo, según la división de cada uno de ellos. La conclusión general fue la de que no era lo más probable, pero que tratándose de ese Idiota todo podía ser. Eso último me decidió a hacer lo que hice. Cité al Imbécil a mi oficina, y una vez allí lo increpé durísimamente. “¡Pedazo de inútil, condenado infeliz! ¡Hace cuatro años que estás acá y todavía no aprendiste a diferenciar un cordero de los demás cortes!”, lo bastardeé. Y eso que los comentarios tanto del presidente de la sociedad de fomento como de la vecina no habían sido precisamente críticas. Pero igual el Inútil era digno acreedor de mi reprensión. Como era de esperarse, el Imbécil se quedó callado. Inmóvil, impertérrito, con una pose marcial. Bajé mi tono de voz, pero fui contundente en lo que le dije. “Mejor cobrá unos pesos de indemnización y andate de mi empresa. ¡No quiero verte nunca más!” Volvió a producirse un hastiante silencio, de esos silencios que al parecer al Imbécil le quedaban tan bien. El Inútil tomó la poca plata que le di, junto con un recibo de pago por mí firmado, y fue luego que introdujo un diálogo conmigo que yo no hubiera esperado jamás. Me preguntó si me acordaba de que el motivo para pasarme a corderos fue que salieron dos camiones con partidas equivocadas. Le dije que sí. Volvió a inquirir, para preguntarme si acaso nunca me di cuenta de que a ese error lo cometió a propósito. Desorientado como Adán en el día de la madre, le respondí que no. Entonces vino la estocada final. “Usted no es más estúpido porque no se entrena.” Y se fue. Vació todas las cosas de su taquilla y desapareció. Anticipo un dato de mi narración: no volví a verlo nunca, pero nunca más. Pensé que ese último comentario era propio de alguien que desvariaba y, como yo ya no tenía más

nada que ver con ese sujeto, lo tomé como el goce de un delirante. Cada vez que despido a un empleado (y ya he despedido a unos cuantos) es común que el echado se reserve una suerte de tiro de gracia con algún insulto hacia mi persona. De esa forma tomé a la inentendible alocución de este Inútil. Así, la división corderos quedó sin nadie. Automáticamente destiné a otros dos muchachos, a los cuales pícaramente les aclaré que no lo hacía para fondearlos. Es más, lo de corderos como destino castigo por el momento quedaría sin efecto. Y con el carácter fuerte, casi autoritario, que me caracteriza, prohibí al resto del personal todo comentario peyorativo en contra de la división corderos en general y de los dos nuevos transferidos en particular. Lo primero que hicieron los nuevos destinados fue limpiar y ordenar las cosas, que al parecer al Inútil le quedaron desordenadas, un poco por su propia imbecilidad y otro poco porque al faltar V se vio sobrecargado de trabajo. Armaron varias bolsas de basura. No encontraron nada en particular, aunque uno de los muchachos me dijo que había varios pelos, sin duda pertenecientes a los corderos. Me pareció raro, porque los corderos nos llegaban enteros, pero pelados. Si nos llegaban los animales con pelos (o plumas en el caso de los pollos), los empleados debían comunicármelo de inmediato, para que yo le tirara la bronca al proveedor correspondiente. Pero como bien fondeados que estaban, ni V ni el Inútil me dijeron nada. Así de imbéciles e ineptos eran. Entonces llamé a mi proveedor habitual y le recriminé por haberme mandado los corderos con pelos. Me acusó de todo: de borracho, de drogadicto, de loco... y me desafió a un “mano a mano” para demostrarme que en cuarenta años de servicio de su empresa jamás se le escapó un pelo en ninguno de sus animales. Me pareció tan determinante su desafío (ya dije que los matarifes somos tipos muy rudos, muchos de nosotros de armas llevar; es más, este tenía guardaespaldas armados y todo) que no hice más que darle la razón y pedirle disculpas. En el fondo, consideré al episodio de encontrar pelos por ahí como de menor

importancia. Transcurrió todo el fin de semana, el cual pasé bien con mi familia, habiéndome yo desenchufado de mi trabajo de empresario matarife. El lunes comenzó con otra novedad. V otra vez no apareció. “Bingo”, me dije, ya decidido a labrar el acta pertinente por abandono de trabajo. Me saqué de encima a los dos fondeados. Si V se presentaba al día siguiente a trabajar, le diría que se fuera, que ya lo había despedido con causa por abandono de trabajo, y ni lo dejaría ingresar. Pero la noticia del faltazo de V no vino con un pan bajo el brazo. Ya estaba instalado el rumor en toda la barriada de que el tipo desapareció. Y, como el sábado por la noche del fin de semana anterior (no el que acababa de concluir, sino el anteúltimo) lo habían visto en un boliche de bailantas con otra, con la cual luego se fue en un auto, ya se había instalado en la barriada el rumor de que el desgraciado se fugó con esa otra. La flaquita, esa misma que tuvo el buen ojo de decirle que no al Imbécil, ya le había plantado una denuncia por abandono de hogar (tenían dos hijos). Con el no al Imbécil la teñidita acertó, pero con el sí a V parece que no tanto. Y bueno, así son todas ellas. Tarde o temprano se equivocan. Si la denuncia cobrara un viso de realidad, en algún momento vendría la cana y nos interrogaría a todos. No tendría problemas, los recibiría con un café y les diría toda la verdad: que no sé nada de nada. Pero por ese lunes la policía no vino, y trascurrió una jornada normal de trabajo. Incluso me fui un poco temprano. Ocurrió otra cosa poco frecuente en casa. Satisfice a mi esposa antes de cenar, a espaldas de nuestros tres chicos, que estaban “en otra” en otra habitación, jugando con la dichosa *play station*, y por supuesto dejando de lado la tarea para la escuela. Después de la cena, a mi esposa se le ocurrió el delirio de mirar una película con los nenes. No estaba en lo más mínimo interesado, pero no venía nada mal jugarla de democrático alguna vez cada tanto. La película era un bodrio pasatista, al que yo apenas le prestaba atención. Creo que en la jerga a esas películas les dicen “pochocleras”, ¡pero qué sé yo de cine! No sabía el

título, porque cuando me senté frente al televisor ellos ya la habían empezado, y yo ni me molesté en preguntar el título ni de qué se trataba el argumento. Ni siquiera le prestaba atención a los diálogos, mientras ellos la miraban como si fuera la Gran Película de Todos los Tiempos. Se me entrecerraban los párpados de sueño. Por eso, sin saber bien cómo venían las escenas, en un momento de la trama, los protagonistas (dos detectives policiales) debían entrevistar por una investigación a un tipo que estaba preso por haberse comido a otro. Fueron a la cárcel y allí le hicieron el interrogatorio correspondiente. Parece que el preso antropófago les contestó bien y, cuando los detectives estaban por irse, uno de ellos pícaramente le preguntó qué gusto tenía la carne humana. “No tiene un gusto en particular, pero a mí me supo a cordero”, respondió según el guion el actorzuelo que hacía de preso. “¡Noooooooooooo!”, grité desesperadamente, levantándome de golpe del sillón familiar del living. Jamás pensé que esa película de mala muerte podría hacer darme cuenta de las cosas que adiviné. Mi esposa y mis hijos me preguntaron qué me pasaba. Yo disimulé aduciendo que recordé de golpe que había olvidado pagarle a un proveedor del frigorífico. Me fui a mi cuarto porque dije que me iba a llamarlo de inmediato, incluso pidiendo perdón por haber traído a colación un asunto del trabajo. Allí, en la soledad de mi cuarto, razoné toda la lógica de los hechos, siendo increíble cómo mi poco brillante cerebro dedujo todo, como si yo fuera Sherlock Holmes. El bastardo miserable del Imbécil mató a V porque se quedó con la flaquita teñida, lo cortó en pedazos y se lo mandó a los clientes entre la carne de cordero que salió el día que estuvo solo. Al resto del cadáver lo hizo desaparecer con la basura, que ese día él mismo sacó, habiendo dejado como todo rastro esos pocos pelos que los nuevos transferidos a corderos encontraron y que erróneamente creímos pertenecían a los animales. Por eso todos los que comieron la partida de corderos de esa jornada decían que el gusto era distinto. Bueno, y de nuestro frigorífico

la carne siempre sale trozada. Por eso nadie se dio cuenta. ¡Y en esos momentos, por esa tonta película, caía en la cuenta de que la carne humana en el gusto es parecida al cordero! Y por ese motivo el Imbécil (¿Qué tenía a esta altura de Imbécil?) cometió a propósito el error de mandar los dos pedidos en dos camiones distintos: porque el maldito *quiso* ser transferido a corderos. Por eso me preguntó si no me había dado cuenta de que aquel error había sido intencional. Allí, con el tiempo, se encargaría de “despachar” a su odiado rival, porque V ya estaba fondeado en esa división desde antes. ¡Y el reverendo bastardo se dio el gusto! No podía creer cómo ese miserable pudo haber urdido un plan tan macabramente siniestro, y que incluso le salió perfectamente bien. Ya había desaparecido de la empresa ¡y porque yo lo eché! ¡Y nadie sabía dónde vivía! Y hasta un último detalle lo pudo conjugar adecuadamente a su favor: aprovechó algunos deslices amoriles del pobre asesinado, como cualquiera de nosotros los podría cometer, para que todo el barrio creyera que se fugó de su hogar. Casi no pude dormir esa noche. Al día siguiente vino la policía e hizo las pesquisas del caso. Pero poco y nada pudieron averiguar. No me animé a contarles toda mi teoría por miedo a que no me creyeran la historia de venganza de un casi anónimo y cobarde empleado que yo mismo eché y que ni siquiera sabía dónde vivía. Y del resto de los empleados, ninguno pudo mínimamente imaginar toda la verdad de los hechos, tal como yo la inferí. Además, hubo un detalle frívolo que me obligó a callar la verdad. Ya había narrado algo acerca de la mística fantasmagórica de las historias de cuchillos. Pero nunca dije que mi frigorífico es uno de los pocos de la zona que se mantiene “invicto”, por no contar en su historia (una larga y señera tradición familiar) con casos de uso del filo para algo más que el trabajo por parte de los empleados. Oficialmente, el invicto seguía intacto, aunque yo sabía en el fondo de mí que eso no era así. Y pasaron los días... y V nunca volvió a aparecer, habiendo dejado una viuda con dos hijos pequeños. En el fondo, no le

tomé bronca a este empleado vengador. Soportó miles de humillaciones y oprobios, tanto en su barrio como en su lugar de trabajo, por lo que en el fondo hasta lo compadecí. Había que estar en su lugar. Y fingió ser un inútil e inservible (cosas que claramente no era) para concretar su obra macabra. Tal vez yo hubiera hecho lo mismo. Lo único que lamenté es no haberme dado cuenta antes, pero no para mandarlo preso, sino para lograr una salida elegante de mi empresa ocultando el crimen, una renuncia elegante que no me costara un solo peso de indemnización. Pero tal como fueron sus últimas palabras, no soy más estúpido porque no me entreno. Adiós, muchacho. Resultaste ser el empleado ideal, aunque demasiado tarde me di cuenta de ello. Procediste como hacemos los machos: no dejaste una afrenta sin cobrar y te fuiste en el momento oportuno, sin haberme ocasionado ni un perjuicio más que unos roñosos pesos de indemnización. Ojalá yo pudiera tener las agallas que tuviste. Como lógica decisión, opté por cerrar la división y no dedicarme a los corderos nunca más. Le tomé un temor reverencial a estos animales, y estaba dispuesto a no escuchar nunca más en mi vida la palabra cordero.